

Imaginarios contrapuestos del humanismo y del racionalismo en la sociedad y la ciudad contemporánea

Opposition between the imaginaries of humanism and rationalism in society and the contemporary city

Gerardo Vázquez Rodríguez

Universidad Autónoma de Nuevo León
gerardo7vazquez@gmail.com

Resumen

El compendio de conocimientos y prácticas del humanismo no están incluidos de vocación natural en los proyectos urbanos de las sociedades industriales y de consumo. La racionalidad y su materialidad ideológica sostienen el imaginario del proyecto moderno social, del cual aun somos dependientes, el consumismo sería una consecuencia que emergió desde este afán de racionalismo permanente. Pero, sin embargo, en tiempos actuales son cada vez más concurrentes las voces de múltiples teórico, urbanistas, académicos y de la población en general sobre la implicación de proyectos y acciones urbanas que impliquen consecuencias humanistas. Desde esta base de discusión planteamos el presente trabajo para reflexionar en señalamientos puntuales que puedan aportar algo de claridad sobre los factores que generar la separación histórica entre razón y ser, teniendo como escenario lo referente a la ciudad.

Palabras clave: humanismo; ciudad de consumo; urbanismo; imaginarios sociales; modernidad.

Abstract

The compendium of knowledge and practices of humanism are not included in the natural vocation in the urban projects of industrial and consumer companies. The rationality and its ideological materiality in the imaginary of the modern social project, of which we are also dependent, consumption was a consequence that emerged from this moment of permanent rationalism. However, in current times, the voices of multiple theorists, urban planners, academics and the general public about the involvement of urban projects and actions that involve humanistic consequences are increasingly concurrent. From the point of view of the discussion we propose the present work to reflect and point out that some clarity should be provided about the factors that allow the taking of the historical reason between reason and being, having as a scenario what refers to the city .

Keywords: humanism; city of consumption; Urbanism; social imaginaries; modernity.

Recepción: 1.9.2018

Aceptación definitiva: 4.10.2018

Introducción

La ciudad contemporánea es de naturaleza híbrida, es un escenario que contiene fenómenos tan dispares como son la industria, el ocio, el trabajo, la ciudadanía y el consumo; estas nuevas urbanizaciones rompen con las estructuras urbanas de la antigua civilización pre-industrial. Nuestra urbe actual surge como una construcción de posibilidades heredadas desde la revolución industrial; en las nuevas metrópolis aparecen vigorosamente efectos que vienen construyéndose desde la industrialización, como ejemplo de lo anterior, es la creación de la ciudadanía y sus dinámicas de vida asentadas en la enajenación del trabajo y en la búsqueda permanente del entretenimiento y ocio. También esta ciudad consecuente de la industrialización se ejemplifica como un espacio de ruptura espacial que favorece la relación con otras urbanizaciones por la progresiva salida de sus propios límites. En estas ciudades fue obligatorio la consecuente caída de las murallas urbanas, estas serían el último obstáculo para la nueva división funcional de los espacios que la producción capitalista exige. Con respecto a la cuestión de identidad, en las ciudades aparecen nuevas agrupaciones: las clases sociales, cada una reclama sus respectivos nuevos espacios. Los habitantes de las nuevas áreas obreras no sólo son nuevos en el entramado social sino también en sus hábitos de pensamiento y gestión. Es la lógica de la producción de objetos de todo tipo la que hace operar la división funcional de los diferentes ámbitos urbanos.

Estas centelleantes metrópolis de amplio dinamismo materialista que son conceptualizadas y edificadas desde mediados del siglo XIX se vuelven un lugar sensible desde las críticas pertenecientes a una visión humanista. Teóricos urbanistas, antropólogos, sociólogos, filósofos, artistas entre otros muchos expresan su desagrado por el abandono casi total de un proyecto sensible a las humanidades en el ámbito de las ciudades. Son pocos los proyectos que logran incorporar con importancia la visión de las humanidades en la vida diaria de las ciudades contemporáneas. El humanismo y sus partidarios como tal se desahogan solo eventualmente en proyectos que son inocuas parcelas dentro de los megaproyectos que rigen a las ciudades presentes. En gran parte de los casos los propios diseñadores de las ciudades no incorporan el acento humanista en la urbe por un desconocimiento permanente de su relevancia en la existencia del hombre.

En nuestra cultura moderna la fuerte hegemonía de un imaginario materialista y racional preponderante desde la revolución industrial ha generado que los conceptos del humanismo se desconozcan ampliamente a nivel general.

Delimitando y explorando ideas básicas sobre lo humanista; en un sentido profundo, lo referente al humanismo no necesita substancialmente una explicación que se prolongue más allá del estrictamente hecho de vivir como ser humano. El humanismo desde una perspectiva amplia será la consecuencia de la propia existencia del hombre en el mundo. El existir y ser en esta realidad es una compleja conjugación de transitorios mundos interiores y exteriores que a

su vez están formados por innegables y múltiples interacciones con el entorno y los semejantes. En consecuencia el humanismo esta por si mismo intrínseco en el hombre, no se necesita algo más reflexionar sobre el existir para comprenderlo y distinguirlo.

Más sin embargo la utilización cultural más general del termino humanismo refiere a un concepto ilustrado y construido principalmente durante la edad media y moldeado durante el renacimiento. Este humanismo referido emerge de un conjunto de conocimientos que recurren a la subjetividad del ser para su desarrollo, integra diferentes áreas del conocimiento como podrían ser la historia, las bellas artes, la filosofía o la educación entre otras, el sentido de este acumulado de conocimientos proviene desde el análisis de la sensibilidad destilada por el estudio y la reflexión del mundo de las antiguas Grecia y Roma. Los múltiples escritos y documentos rescatados desde las culturas grecolatinas principalmente por tratadistas europeos forman la base y el compendio principal de lo que hasta nuestros días nos llega bajo el entendimiento del humanismo. Esta visión de lo humano en la época medieval europea y renacentista se desvirtuó y desemboco rápidamente en la formación de preceptos religiosos y políticos englobados en el pensamiento escolástico que a la postre crearían un yugo de grupos elitistas y de poder que se fundamentaban en el conocimiento espiritual y humano para crear reprimendas sociales y mantener en la ignorancia a la mayoría de la población de la época; se vuelve convincente comprender que el racionalismo vecinado años después en la cultura europea fundamento la industrialización y el materialismo desde su desencanto y oposición ante la reprensión religiosa y humanista que sostenía un poder de dominación amplio sobre la mayoría de los individuos de la época. El racionalismo y el subsecuente materialismo fueron desde muchos puntos de vista una revolución necesaria ante el yugo impuesto por los restrictivos poderes medievales ante la población.

Más sin embargo en la actualidad y después de pasar por varias etapas de progreso y modernidad podríamos estar en vías de estar superados por un pensamiento racionalista dominante y subsecuente en un materialismo exacerbado socialmente; estas características de nuestro tiempo estarían generando un manifiesto desequilibrio en los patrones de vida de la población y su relación con el entorno, bajo esta crisis del modelo racional cada vez son más la reflexiones que incitan a una preocupación ante la ausencia de ideales humanistas en el imaginario social contemporáneo. En relación al efecto de lo imaginario sobre la sociedad, Narváez (2010: 21) menciona:

La importancia de lo imaginario crece en la medida en que nos percatamos de que el andamiaje de nuestra experiencia vital total está casi absolutamente condicionado por la concepción de mundo, que colectivamente hemos edificado a través de miles de años de coexistencia.

En consecuencia a lo anterior proponemos en los siguientes apartados generar una reflexión sobre las características principales de los imaginarios contrapuestos del humanismo y del racionalismo en el entorno de la sociedad contemporánea y sus elementos urbanos.

Humanismo ante el Materialismo

Sobre el humanismo Heidegger ejemplifica en su texto *Carta sobre el humanismo* (2006) que los ideales que se persiguen desde lo más humano tuvieron su origen y auge con los filósofos y pensadores de las antiguas civilizaciones griegas y romanas, principios que se persiguen para su estudio y revalorización durante el renacer del afán de las artes y la humanidad durante la Italia del 1400.

Profundizando más en el devenir del pensamiento humanista, para Heidegger (2006: 13) será como una historia intrínseca entre el pensar y la verdad del ser. Su historia nunca es ya pasado, sino que esta siempre por venir. La historia del ser sostiene y determina toda condición y situación humana. Para que aprendamos a experimentar puramente la citada esencia del pensar, lo que equivale a llevarla a cabo, nos tenemos que liberar de la interpretación técnica del pensar. Los inicios de esa interpretación se remontan a Platón y Aristóteles. En ellos, el pensar mismo vale como el procedimiento de la reflexión al servicio del hacer y fabricar, tornado en sí mismo, el pensar no es practico.

Para el mismo Heidegger (2006: 13) la determinación del conocer como procedimiento teórico sucede ya dentro de la interpretación técnica del pensar. Es un intento de reacción que trata de salvar todavía cierta autonomía del pensar respecto al actuar y el hacer tan acentuados en un racionalismo profundo. Desde este racionalismo, entonces, la filosofía humanista se encuentra en la permanente necesidad de justificar su existencia frente a las ciencias. Y pareciera que la filosofía se empeña en establecerse ante el contrario y creer que la mejor manera de lograrlo es elevarse a sí misma al rango de ciencia. Pero este esfuerzo equivale al abandono de la esencia del pensar.

Para Grassi (1993: 89-90) el abandono de los conceptos universales y abstractos que pretenden captar las esencias de las cosas existentes (valores humanistas), y la adopción de conceptos y lenguajes siempre dependientes de contextos históricos específicos, representa una diferencia epistemológica radical con lo que él llama la filosofía tradicional, que se refiere sobre todo a la concepción platónica del conocimiento. El modelo epistémico del humanismo encontrará desde el siglo XVII una formidable oposición: la concepción moderna de la ciencia, representada por Descartes en el ámbito de las matemáticas y la física y por Hobbes en la teoría política. La imposición de un racionalismo de verdades absolutas y basado en el progreso de la ciencia deja en contrapuesto la visión hasta cierto punto caótica y subjetiva del aspecto humano basado en las antiguas escuelas de pensamiento filosófico de Grecia y Roma.

Ante estas disyuntivas Ramos (2003) manifiesta que el individuo se encuentra colocado frente a una alternativa, sin otra solución que la de optar por uno solo de los valores en conflicto, -humanismo o materialismo-. Este pensamiento dualista pretende fundarse en la constitución misma de la realidad de la modernidad que por donde quiera se muestra dividida de acuerdo con las características del espíritu o de la materia. Se plantea entonces que el dualismo existente

pareciera tener su raíz en el ser profundo del hombre dividido por tendencias que lo impulsan en direcciones opuestas ya sea para la satisfacción del alma o para la del cuerpo. Al obrar estas tendencias durante un largo proceso histórico en la humanidad, han creado un mundo en el que esa división del hombre se externa en las cosas y se define. Son variadas las expresiones que tienen este dualismo en las diversas áreas de la vida humana. Tales como la organización social, política y económica en casi todos los países, y en las ideologías que se disputan el favor de las mayorías.

Retornando a Descartes, elabora a comienzos del siglo XVII la primera apología filosófica del dualismo, oponiéndose en todo sentido a la concepción escolástica¹ del mundo, este pensador logra, por medio de un método estrictamente racional, concebir al universo como una extensa máquina. Siguiendo su propio camino, el filósofo llega a la misma conclusión que su contemporáneo Galileo: que la naturaleza está escrita en la lengua matemática. El universo es sometido a un proceso de simplificación a fin de ser fácilmente explicado en conjunto, por nociones claras y evidentes para la razón. La multiplicidad cualitativa de las cosas es transformada en un orden uniforme de magnitudes -por ejemplo, los colores se reducen a un movimiento vibratorio-, de manera que en un principio se postula que todo fenómeno natural es susceptible de medida. Bajo el auspicio del método Descartes expone dos principios explicativos para construir un grandioso sistema de totalidad para la existencia: la materia y el movimiento, sin detenerse ante lo orgánico. Descartes extiende con rigor implacable su explicación mecanicista a los seres vivientes que son considerados también como máquinas. En sus afirmaciones el filósofo desecha las doctrinas dominantes de Aristóteles que explicaban la vida como una fuerza finalista. En aquel sistema moderno e innovador no habría sitio para ninguna especie de fuerza de orden subjetiva.

Descartes llega indudablemente al resultado de incluir también al hombre dentro de su orden mecanicista: Si el hombre es una entidad corpórea, tiene que ser necesariamente una máquina. El filósofo en esta afirmación da cabida al dualismo, si el hombre no es, como el animal, una pura máquina, sino una máquina pensante, entonces, el pensamiento, que desprovisto de extensión no puede ser considerado como una sustancia material. Así el pensamiento pertenece a una distinta categoría ontológica, y Descartes, sin titubeos, lo coloca en el orden del espíritu. La naturaleza humana resulta entonces un compuesto de dos elementos, la sustancia pensante que es el espíritu y la sustancia extensa que es la materia. Instaurada esta profunda separación entre los principios constitutivos del hombre, un nuevo problema metafísico surge a la consideración de la filosofía, el como explicar la relación entre la

¹ La escolástica fue una corriente teológica y filosófica que utilizó parte de la filosofía grecolatina clásica para comprender la revelación religiosa del cristianismo. La escolástica fue la corriente teológico-filosófica dominante del pensamiento medieval, se basó en la coordinación entre fe y razón, predominó la subordinación de la razón ante la fe. Fue el origen ideológico de las escuelas catedráticas y en los estudios generales que dieron lugar a las universidades medievales europeas entre mediados del siglo XI y mediados del XV. Se señala permanentemente como una filosofía excesiva y dependiente del argumento de autoridad y el abandono de las ciencias y el empirismo.

extensión materialista del cuerpo y el alma, como suscitar el fenómeno que evidenciaba Descartes.

Malebranche, Spinoza y Leibnitz, prosiguieron el trabajo de Descartes, Ramos (2003: 4) menciona al respecto:

Intrigados por el acertijo, perdieron su tiempo tratando de descifrarlo. Sus respuestas son a cual más artificiosas. ¿No será, en el fondo, que la dificultad no existe y que el problema ha sido inventado por Descartes? Sin embargo, se diría que después de Descartes el desarrollo histórico del hombre parece confirmar plenamente su doctrina dualista.

El pensamiento de estos filósofos racionalistas aferro en los principales ideales de desarrollo moderno el paradigma de lo espiritual y lo material como existencias correspondientes a dos mundos aislados que apenas interactúan entre sí. Este dualismo se percibe ampliamente de manera tangible en objetos y discursos creados por la civilización y la cultura contemporánea.

A partir del acelerado desarrollo, la civilización moderna y actual ha tomado un impulso propio que el hombre no ha podido o simplemente no ha intentado detener, acentuando cada vez más un carácter mecánico que invade los principales imaginarios occidentales. El maquinismo, creado para facilitar el trabajo humano, se convierte en muchos de los casos en instrumento velados para crear estructuras de poder social, servidumbre y subordinación en la población. Desde la modernidad los artefacto tecnológicos tienden a imponer a la sociedad una organización sistémica, el individuo entiende su perspectiva de vida desde una propuesta de mecanismos y maquinarias.

El tiempo del racionalismo reflejado en las estructuras modernas parece haber confirmado la opinión cartesiana de la historia; este fenómeno racional se podría interpretar y hasta justificar como una reparación y revancha del hombre común por la largada represión a la que le había impuesto por medio del uso de la fe y del espíritu en su concepción de vida. En este sentido Ramos (2003: 5) mencionará en coherencia con una rebelión moderna de los instintos:

El sentido espiritualista de la vida, con una incompreensión no menos unilateral que la del materialismo, desconoce los valores de la realidad concreta. Platón, que fue el primer defensor del espiritualismo, consideraba el cuerpo como “la cárcel del alma”. En esta incompreensión del cuerpo se ha inspirado el ideal ascético que acompaña siempre, aun en la cultura moderna, al sentido espiritual de la vida. La negación sistemática que el ascetismo hace de los valores vitales provocaría a la larga una rebelión de los instintos, que en la embriaguez del triunfo arrastra por el suelo al espíritu destronado.

La visión moderna de la vida ha encontrado su justificación filosófica dentro del materialismo y el positivismo, estas teorías conciben al hombre como un ser exclusivamente natural. Así las funciones consideradas como superiores y encausadas bajo el esbozo de manifestaciones del alma como la inteligencia, la voluntad, el sentimiento, serían desde esta visión de lo material una mera prolongación de los instintos y estarían solamente predestinadas a servirles de un modo directo o indirecto. En el cumplimiento de está instrucción, el hombre quedaría reducido tan sólo en el orden de la animalidad. En este orden los hombres de los animales se diferencian simplemente por poseer instrumentos psíquicos refinados para la realización de sus fines

biológicos. Desde esta tesis determinista se considera a la voluntad sometida a causas mecánicas y anula, por lo tanto, la autonomía moral del hombre. Valdría acotar que sí acaso existen las ideologías de clase esta concepción materialista del hombre es la más genuina expresión de la psicología burguesa reinante desde la modernidad hasta nuestros días.

Kierkegaard (2008) en su crítica a la moderna civilización del progreso y la razón describe en referencia al sentimiento de la nada, que a pesar de todo, el hombre no se muestra satisfecho con la valoración naturalista de su propia existencia. Al ponerla en práctica, parece haberse escapado la alegría que esperaba, y, en medio de la excitación de la vida material, de vez en cuando tiene la sensación penosa de un vacío interior. Pareciera ahora que contrario a la subordinación escolástica de la edad media donde la espiritualidad sometía a la razón, ahora sería la materia la que reprime al espíritu más sin embargo lo que en resumidas cuentas no ha restablecido la armonía y el equilibrio de la naturaleza humana y sólo ha venido a invertir el antiguo estado de cosas sin corregir su extremismo.

El proyecto predominante en la modernidad, de la ciencia ante el pensamiento humanista será cuestionada por Vico (2002), quien retoma los ideales del humanismo, en términos de la importancia de la retórica, del descubrimiento, del *Sensus Communis* (Sentido Común), de la prudencia y sobre todo en el principio de que “lo verdadero es lo hecho mismo”. En este punto Vico coincide con la idea renacentista de verdad, presente en Da Vinci o más claramente en el concepto de Maquiavelo *Verità Effettuale*². También frente a los modernos y su confianza en la ciencia universal, Vico reivindica la sabiduría de los antiguos latinos que prefieren el conocimiento de las cosas particulares a los conceptos universales y homogéneos que impiden el descubrimiento de lo nuevo y lo sorprendente e inhiben la creatividad del individuo. Por ello, Vico (2002: 147) afirma que “Hablar con palabras universales es propio de niños pequeños o de bárbaros”. También, Vico (2002) contrapone la racionalidad prudencial de los antiguos en contra de la racionalidad metódica de los filósofos modernos como Descartes:

Fuera de la geometría los antiguos pensaron que se había de confiar en el orden a la prudencia que no se rige por disciplina alguna y en verdad si importas el método a la vida cotidiana no haces mas que empeñarte, volverte loco con toda la razón. (Vico, 2002: 182)

Pero su propuesta alternativa a la racionalidad moderna iniciada por Descartes no tuvo amplia aceptación, debido entre otras cosas al éxito de las ciencias y de sus aplicaciones tecnológicas que demostraban para muchos la comprobaciones de una verdad absoluta por medio del

² Para Volco “verdad efectiva” es uno de los tópicos más transitados por las interpretaciones de la obra de Nicolás Maquiavelo (1469-1527) es el de la necesidad por parte del príncipe o la república de armas propias. Estas lecturas se apoyan en declaraciones explícitas del propio Maquiavelo; la defensa de las armas propias frente a las auxiliares o mercenarias parece uno de los argumentos menos discutibles de la obra maquiaveliana. Esta interpretación, a su vez, ha apoyado la idea de un Maquiavelo realista, técnico del poder político, que devela la *verità effettuale* de la cosa política, que libera el análisis político no solo de la moral, sino también de las ilusiones de la imaginación, para comprender científicamente el poder. Esta comprensión científica del poder, asimismo, nos describe a un Maquiavelo dedicado al análisis crudo, aun despiadado, de la política por fuera de toda consideración de otro orden; en suma, que consagraría el análisis de lo político a la realidad de la relaciones de fuerza y no a su imaginación.

sorpréndete funcionamiento del objeto tecnológico. Así durante el siglo XVIII y XIX se afianza el paradigma de la racionalidad científica en detrimento del humanismo, que apela siempre al rescate de la sabiduría del pasado, a la elegancia del lenguaje, a la racionalidad prudencial y al criterio de verdad efectiva.

Ante una modernidad racionalista absoluta y tecnológica, las humanidades perderán importancia frente a las ciencias naturales. Goethe y Lessing en Alemania, Rousseau en Francia fueron excepciones humanistas en los tiempos primerizos de esta extrema racionalidad y no será sino hasta la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, cuando resurge la fuerza de la crítica a la racionalidad científica y tecnológica, principalmente en Alemania con Dilthey, Nietzsche, Husserl, Heidegger, etc. en Francia con Bergson, Duhem, o Sartre, entre otros, además de Ortega y Gasset en España; a estas alternancias del pensamiento humanístico ante la razón científica Velasco (2009: 5-6) las menciona como:

Estas alternancias de apogeo y decadencia del pensamiento humanístico, Samuel Ramos le llama 'la curva del humanismo', y considera que los autores que hemos mencionado así como Ortega y Gasset en España representan un 'nuevo humanismo', que él trato de impulsar en México junto con Antonio Caso y los humanistas del exilio español.

Entre las ideas más importantes de este nuevo humanismo destaca el reconocimiento de que los seres humanos no están sometidos a leyes inexorables de la historia o del mercado o de la naturaleza sino que pueden hacerse a sí mismos, transformar el mundo y dirigir el curso de la historia, de acuerdo a la capacidad de juicio prudencial en situaciones y sobre problemas específicos. Sartre (1998: 41), por ejemplo, al referirse al existencialismo señala:

Humanismo porque recordamos al hombre que no hay otro legislador que él mismo, y que es en el desamparo donde decidirá de sí mismo; y porque mostramos que no es volviendo hacia sí mismo, sino siempre buscando fuera de sí un fin que es tal o cual liberación, tal o cual realización particular como el hombre se realizará precisamente en cuanto humano.

Más allá de la posición crítica que sostiene Heidegger (2006: 74) frente al humanismo, él también coincide en subrayar como una característica distintiva "el empeño destinado a que el hombre esté en libertad de asumir su humanidad, y en ello encuentre su dignidad.

Bajo el pseudónimo de Johannes Climacus, en 1846, Kierkegaard escribe el "Postscriptum no científico y definitivo a migajas filosóficas", texto que problematizará dos puntos esenciales del modernismo : en primer lugar, la importancia del individuo singular colmado de interés infinito, personal y apasionado por su felicidad eterna. Este será, para el autor, el nudo de la ética, es decir, la apropiación de la individualidad del existente como la cuestión más importante antes que ser arrastrado por la marea de lo histórico-universal. Por otro lado, avizorará uno de los efectos de la época moderna: la producción de un pensamiento especulativo, preñado a modo conveniente por el discurso histórico-universal, que intenta explicar todo como parte de un sistema objetivo-racional. La objetividad y su apertura a la generalidad del mundo ocluye la irreductibilidad de la interioridad; es una construcción tan grande que le será imposible al individuo habitarla (Arellano, 2015).

El humanismo en general sostiene una concepción de la libertad humana, capaz de contribuir a definir su naturaleza, su posición y función en el mundo, y en última instancia de orientar el curso de la historia.

Ramos (2003) menciona sobre las características de la vida en principios de la modernidad es sobre el manejo de la vida instintiva, que representa a la naturaleza dentro del hombre, adquiere conciencia de sus derechos y se sobrepone al espíritu con aire de venganza por la degradante sujeción en que éste la había mantenido por largo tiempo. Un nuevo tipo de hombre se yergue orgulloso y dominador, despreciando la antigua moralidad impuesta por la espiritualidad, ansioso de expansionar la vida de su cuerpo por medio de los atractivos que le ofrece el nuevo formato de civilización. El disfrute del dinero como instrumento de poder, y como medio para obtener el bienestar material y la vida confortable, los placeres sexuales, el deporte, los viajes, la locomoción, y una multitud de diversiones excitantes constituyen la variada perspectiva en que se proyecta la existencia del hombre moderno. Su tipo representativo es el burgués cuya psicología, reúne los rasgos de carácter polarizado hacia los valores materiales. Impulsada por su principio material, la civilización se desarrolla en un sentido divergente al de la cultura, hasta crear una tensión dramática.

Por tanto la materialidad de la vida se manifiesta con todo esplendor en la modernidad, aquí el hombre descubre una sorprendente expresión desde el manejo de la materia, cuya magnitud e importancia se le va revelando paso a paso, a medida que avanza en el conocimiento de la naturaleza, el cual le proporciona también posibilidades de acción insospechadas y deslumbrantes. En una palabra, la ciencia natural, en su creciente progresión, transforma y amplifica el concepto del universo y pone en las manos del hombre un instrumento formidable para dominar las fuerzas de la naturaleza.

Para Ramos (2003) la ampliación del cuerpo del saber aumenta correlativamente la potencia humana, que edifica una civilización material en grandes dimensiones como no habían visto los siglos. Los centros nerviosos de este nuevo organismo serán las ciudades modernas que viven del trabajo industrial y del comercio. Este ambiente urbano se ha encargado de despertar y multiplica en todos los sentidos los intereses materiales del hombre, cuya personalidad se pone a tono con las exigencias del medio, en virtud de un mimetismo semejante al de esos animales que toman el color de los objetos que los rodean. Estas premisas de ferviente cultura material y de sentidos corpóreos dan pie a la sociedad de la razón industria y proyecto progresista de ciudad.

Sociedad y ciudad contemporánea

Por consiguiente la estructura principal de una ciudad es el resultado que emerge desde los imaginarios hegemónicos sociales, por lo tanto creemos también conveniente deliberar en este artículo sobre el estado actual de las urbes como reflejo inminente de la contrapostura

ejemplificada entre los imaginarios humanistas y racionalistas, complementamos la idea principal del documento con esta breve explicación urbana y su fundamentación ideológica.

Como preámbulo consecuente a la urbe actual mencionamos la revolución industrial de mediados del siglo XIX, movimiento que trascendió no solamente en la extensa generación de tecnología, también sugirió en gran parte una revolución social y transformo el formato de vida para la masa poblacional; según Mark (2007) en 1750 (antes de la revolución industrial) todos y cada uno de los setecientos cincuenta millones de habitantes de la tierra, con independencia de dónde residieran o del sistema político o económico que tuvieran, vivían, y morían ajustados al antiguo régimen biológico. Las necesidades de la vida (alimentos, vestido, casa y combustible para calentarse y cocinar) provenían de la tierra, de lo que se podía aprovechar del flujo anual de energía del Sol a la Tierra. También las industrias, como las de textiles, de pieles y de la construcción, dependían de productos de la agricultura o de los bosques. Incluso la fabricación de hierro y acero, por ejemplo, dependían en el antiguo régimen biológico del carbón vegetal que se obtenía a partir de la madera. Por tanto, el arcaico régimen biológico imponía límites no sólo al tamaño de la población humana, sino también a la productividad de la economía. Esta etapa biológica asentada socialmente por hacia muchos siglos no consideraba un consumo y producción de objetos de diseño fuera de las limitantes naturales generadas por los ciclos terrestres. Todo esto cambiaría en un siglo, de 1750 a 1850, momento en que se empezó a utilizar cada vez más carbón para producir calor que se acopiaba después para impulsar movimientos repetitivo en las nuevas máquinas de vapor.

La revolución basada en la tecnología de producción también revolucionaría a la sociedad y su forma de entender la vida, por primera vez en gran parte del mundo se podía hablar de salarios constantes y determinados para las clases más bajas, realidad que permitía algún ahorro o manejo de dinero propio, además de la adquisición y la elección de objetos de consumo por medio de los trabajadores, la naciente sociedad obrera y de clase media tenía la oportunidad de gastar sus recursos de acuerdo a sus necesidades o gustos, esto fue aumentando moderadamente y en etapas. Con lo anterior no se entienda que el obrero estaba totalmente libre del yugo impuesto por los patrones o por una elite que traslado su poder de lo agrícola a lo industrial; autores como Charles Dickens³ o Federico Engel plasmaron tanto en novelas como en desplegados situaciones terribles de desigualdad e injusticia para una masa obrera habitante de la nueva era industrial, en su mayoría el pueblo que migro del campo a la ciudad estaba en completo hacinamiento, carecía de higiene o asentamientos urbanos dignos, este entorno se dio durante la época de mayor migración hacia las ciudades, Engel llamo a la periferia urbana industrializada de Manchester las puertas del infierno en total crítica a las condiciones de vida que mantenía la población migrante (Jhonson, 2000: 34).

³ *Un cuento de navidad, Oliver Twist o La pequeña Dorrit* son algunas de las más emblemáticas obras de Charles Dickens. En ellas como en el resto de sus obras, la crítica a la pobreza y a la estratificación social de la era victoriana fueron un punto clave para el desarrollo de las mismas, convirtiéndolas en grandes trabajos de crítica social.

La revolución industrial permitió que los hombres escaparan a las restricciones del antiguo régimen biológico, de manera que pudieron construir economías enteramente nuevas y nuevas formas de organización social basándose en el principio de las nuevas fuentes de energía extraíbles como el carbón y el petróleo, desembocando esto en nuevas ciudades llenas de la esperanza de progreso para la naciente clase obrera. Para Marks nuestro estilo de vida actual es posible gracias al inmenso aumento de producción material generado por la revolución industrial (Mark, 2007: 123).

Hasta después de la segunda guerra mundial, las principales demandas de las ciudades industrializadas se había concentrado en el fenómeno de consumo sobre las necesidades básicas de la vida: casa, comida y vestido. Pero una serie de desarrollos como la publicidad y la facilidad de créditos para la clase media en Estados Unidos durante la posguerra estimuló el crecimiento de nuevos sectores de la economía que proporcionaron nuevos bienes de consumo.

El fenómeno del consumo define a la ciudad contemporánea desde una escala superior que engloba a todos los demás componentes urbanos y sociales, el intercambio de valores materiales y recientemente virtuales se ha establecido en la sociedad actual como un principal objetivo.

Dentro del ámbito urbano, el consumo de masas, la alta producción de objetos de diseño, la publicidad y los medios de comunicación tuvieron durante los años treinta a cincuenta la labor de establecer las estructuras básicas sobre las cuales se sustenta la sociedad del consumo contemporánea, su inicial nicho de desarrollo fue Estados Unidos, país que después exportaría rápidamente el modelo hacia gran parte del planeta. Para los norteamericanos esta dinámica de consumo representó una fracción creciente de la economía del país. Mark menciona que para finales del siglo XX, dos tercios de la economía doméstica de Estados Unidos se dedicaba a la producción de bienes de consumo: sólo una tercera parte proporcionaba bienes para la producción. Se habían invertido las proporciones de principios. La revolución del consumo trajo con ella también diferentes aportes sociales que se acrecentaron en EUA y después se expandieron a la mayor parte del mundo consumista, liberó a la mujer de los trabajos más pesados del hogar y gracias a lo cual pudo participar más en el trabajo y la política y exigir un trato igualitario.

Durante la posguerra, la economía de EUA, motor de la economía mundial durante la mayor parte del siglo XX, fue alimentada sobre todo por la revolución del consumo. Los estadounidenses llegaron a equiparar las compras de bienes de consumo con la libertad, de manera que condenaban a la Unión Soviética por la ausencia de esa libertad de consumo. Marcuse (2005) sostiene que para los años cincuenta el gobierno de EUA sólo quería dos cosas de sus ciudadanos: consumo y anticomunismo.

En los años cincuenta, la sociedad de consumo se extendió a Gran Bretaña y Canadá y en los años sesenta a Francia, Italia y otros países de Europa Occidental, Japón y algunos sectores de

ciudades latinoamericanas. Y con la sociedad de consumo, el automóvil y una demanda cada vez mayor de Petróleo. Este modelo de sociedad se fundamenta en la disponibilidad de energía barata: gasolina para la cultura del automóvil, electricidad para mantener la iluminación y motores en marcha en cada casa. Si el siglo XIX había sido la edad del carbón, el hierro y el ferrocarril, el siguiente siglo XX fue la edad del petróleo, el acero y el automóvil. Durante los años setenta, la demanda de bienes de consumo como los aparatos de refrigeración y las televisión expandieron aun más el modelo de consumo, llegando a lugares como Alemania del Este, que era comunista, y a Checoslovaquia.

Tanto China como la Unión Soviética no fueron abarcadas en estos primeros años por la idea del consumismo, más sin embargo la generación de objetos de diseño fue paralela al bloque de consumidores occidentales, los comunistas siguieron la idea del prduccionismo pero la diferencia fue que la distribución de objetos se hacia solo por canales oficiales apegados al gobierno y no por libre consumo. De una u otra manera estos años de principio del siglo xx y hasta bien entrado el siglo fueron de una intensa y constante producción de objetos de diseño para el consumo, tanto para cubrir las necesidades básicas de los consumidores como para enaltecer el modelo consumista.

En poco tiempo la refinación del petróleo y la quema de gasolina contaminaron el aire de prácticamente todas las principales ciudades de EUA, Europa y Japón. El tema medioambiental es un gran debate que va muy de la mano de la sobreproducción de objetos por parte de los productores y una desmedida demanda de los mismo por parte de los usuarios o consumidores.

El exacerbado consumo de la población es para los cánones de la ciudad contemporánea un elemento fundamental a tomar en cuenta en el desarrollo de su economía y de sus dinámica; a partir de los modelos de consumo se marca pautas, procesos y se gestiona la vidas de los habitantes desde muchas aristas veladas, el consumo es una prosperada racionalidad enajenada con encontrar su mejor reflejo y su respuesta correcta en la continua adquisición de lo material como significado relevante y trascendente. La actual racionalidad es una extraña contingencia que transfiere su profundo conocimiento de la naturaleza a lógicas de consumo y de permanente deseo irracional sobre la materia, abandonando la idea de una gestión de su moderno conocimiento para provocar mejor calidad de vida homogénea en sus habitantes. El valor que genere la aplicación del progreso y la alta tecnología para la creación de gestos humanistas es escaso en este contexto.

La ciudad ha sido unos de los puntos clave para acrecentar la idea del amplio consumo masivo de muchos objetos y ha generado nuevos patrones de vida basados en la adquisición de bienes materiales. Las dimensiones impuestas por el modelo de industrialización plantearon las posibilidades para un mundo de consumo; en esta primigenia época obrera se empezaron a gestar las dinámicas que después darían entendido a nuestra sociedad contemporánea. El diseño que hoy conocemos y sus modelos de ejecución, contenido y adquisición son herencia

directa de los lineamientos sugeridos para el consumo, la masividad y la colectividad durante la revolución industrial.

Así los principios de la sociedad de consumo y su proyecto de ciudad están trazados desde hace doscientos años bajo las condiciones impuestas por la revolución industrial; más sin embargo la ideología que permite estas dinámicas sociales y estructuras urbanas están arraigadas desde un rompimiento ideológico con el humanismo.

Actualmente se inicia desde varios frentes a promover de grosso modo que el humanismo es una propuesta de acercamiento al valor del hombre por el hombre ante la dominante maquinaria de consumo que puede resultar apabullantes ante los valores propios de la vida. Autores como Lefebvre (1968) desarrollan su principal tesis y análisis sobre una profunda crítica al urbanismo funcionalista de la racionalización y en el marco de lo que él denominaría sociedad de consumo dirigido, donde los núcleos urbanos se convierten en escenarios de y para el consumo, es decir, donde la ciudad pasa a ser sustancialmente un valor de cambio. Delgado (2017: 12) menciona en relación a los postulados de Lefebvre:

En el tiempo actual el urbanismo diseña la ciudad (o cree diseñarla) segregando y jerarquizando usos, ahora funciones, y plasmando sobre el terreno la desigualdad social que reforzaba la expulsión de la clase obrera de la ciudad central hacia las periferias y que generaba diversos tipos de guetos: residenciales (tanto para la clase obrera como para las clases acomodadas), creativos, pero también guetos del ocio, máxima expresión de la incorporación del territorio al valor de cambio.

La función intento ser el motor básicos de la estética en el diseño de la posguerra y la temprana industrialización pero sin embargo estas primeras etapas del racionalismo fueron superadas por la máxima del consumo libre, sin restricción y deseo permanente de posesión material. La sociedad del consumo por medio de su ciudad, desde sus inicio organiza espacios y tiempos de un modo diferentes pues están atravesados por la lógica del escaparate; se trata de espacios de tráfico y de deseo. Nuestras ciudades actualmente asumen prioritariamente para su diseño y expansión una relación fundamental con bienes y productos superfluos y que no están obligados necesariamente a cubrir las necesidades básicas de la población ni a lograr un calidad de vida o confort para sus habitantes. Es ésta una de las grandes transformaciones del espacio urbano en el cual no sólo ha cambiado el sistema económico y sus reglas, sino algo más profundo, que redefine los espacios, el tiempo y las formas de identidad. Surge entonces un nuevo tipo de sujeto, el sujeto de consumo, que no es el individuos aislado sino más bien es parte de un entramado de múltiples relaciones sociales; se trata de un ser dotado de una nueva cultura, afectado por la fragmentación de la vida en las ciudades.

Del mismos modo, los objetos de consumo no son solo los objetos o bienes que se adquieren en el mercado sino una red de pautas culturales, de signos a través de los cuales esos bienes se presentan y adquieren sentido; por ello es posible decir que esos bienes no se consumen sino que tienen una función que va mucho más allá de la mera satisfacción de necesidades: el troquelado del consumidor de acuerdo phatos considerado como el conjunto de emociones que

detonan la acción humana y el ethos (Ehse, 2009), entendido como el entramado de emociones que se consideran adecuadas dentro de la cultura imperante de la tribu con los que, en un territorio tejido entre los espacios de la urbe, lleva a cabo sus liturgias (actos) cotidianas. Para González y Torres (2012) son estos motores y reguladores emocionales de la conducta urbana, los potentes elaborados del consumidor, ante ellos la razón, el logos retórico, no pasa de ser un pretexto para mantenernos en el sistema de consumo en el que se nos hace sentirnos cobijados al habitar en los laberintos de la urbe.

El original imaginario dominante de las primeras etapas de racionalización que sustentaban el conocimiento profundo de la naturaleza para su comprensión y su consecuente desarrollo en la materialización sigue como ejecutante primordial de esta sociedad de consumo, más sin embargo, el imaginario de consumo es su complemento perfecto para sostener una sociedad progresista que hasta hace poco tiempo casi nadie se proponía cuestionarle. Los desarrolladores de tecnología y progreso sin ataduras a una cavilación humanista han logrado consolidarse como un poder hegemónico que abarca todos los sentidos de la sociedad y la urbe de hoy. Las ciudades se han vuelto objetos de educación para sus habitantes, se les alecciona permanentemente en las ideas del progreso y del consumo incuestionables y también se justifica la clara ausencia de cavilaciones sobre temas existenciales o filosóficos que abarquen sentidos de la vida trascendentales.

Para Rubert de Ventós (1986) la descentralización del espacio y de sus funciones en las ciudades contemporáneas está siempre al servicio de la concentración del poder pues, ¿Acaso no beneficia al poder central la atomización de los hogares y la zonificación de las actividades que parece justificar técnicamente su dominación como necesidad de coordinación? En síntesis describe:

La ciudad es un espacio para la normalización del ciudadano, para hacer de él una personalidad definida y circunscrita: como la cárcel ha de transformar a los miembros del hampa en delincuentes "normales", las nuevas ciudades tenderán a hacer de la fauna cosmopolita de las ciudades clásicas, ciudadanos "normales", es decir, individuos perfectamente sincronizados con su profesión, ansiosos respecto de su status y su futuro, realizándose mediante el consumo de bienes, cultura, información y demás servicios. (Rupert de Ventós, 1986: 41)

Lefebvre (1968) denunció también la pretensión del urbanismo funcionalista por someter a la ciudad que el poder percibía como amenaza, como un espacio insano, sospechoso, incontrolable. El intento de ordenar tanto el espacio como las funciones y otros elementos urbanos a través de la fragmentación daba como resultado la muerte de la ciudad, la homogeneidad, la monotonía. Gonzales y Torres (2012) señalan sobre las ciudades tardo modernas o de consumo:

No constituyen un marco para la realización entre los individuos, sino, en el mejor de los casos, un marco para el consumo en el sentido amplio; en el tejido urbano encontramos multitud de sistemas de distribución de bienes, mensajes, estímulos, normas, controles, etcétera, hechos todos para consumirse sin esfuerzo.

En dependencia de lo anterior, es realidad que estas ciudades de la tarde modernidad no están enfatizadas o diseñadas para establecer vínculos de afiliación y comunicación entre los individuos. La ciudad actual en sus patrones de conducta dictados por el diseño premia nodos urbanos que incentivan las dinámicas de consumo masivo y se favorecen por medio de estas dinámicas el establecimiento de uniones sociales y de comunicación, excluyendo indiscutiblemente de sus principales lenguaje e instituciones oficiales las iniciativas que favorezcan reflexiones de corte humanista.

Conclusiones

La dualidad del ser y del pensamiento se expresa en la existencia humana que se encuentra históricamente entre estos dos fundamentos que se ven solo obligados en si mismos, entre materialismo y espiritualidad, estas diferentes visiones de supervivencia se vuelven recónditas y permanentes en la apreciación de la vida. En muchos de los tiempos históricos se acrecienta principalmente el pensamiento desde una sola postura de esta dual existencia, aminorando a la otra alternativa, el equilibrio entre las partes se ha dificultado invariablemente. En algunas épocas de la subsistencia humana predominará el espíritu del humanismo y en otras tantas la materia y su totalidad.

Cada época ha tenido sus características de ciudad que van ligadas arduamente a la esencia de cómo se perciben los tiempos, a cada etapa históricas corresponde un espacio urbano particular.

Durante la Edad Media se atestiguo el fuerte dominio de una elite instruida que implantaba su poder en el pueblo por medio de una espiritualidad y religiosidad tergiversada que se fundamento bajo el auspicio del Humanismo más puro que era extraído desde el estudio inmediato de los grandes pensadores griegos y romanos. Está forma de dominio quedo plasmada en el proyecto de vida que cumplían los habitantes de esta época, existía una visión humanista del escenario urbano pero siempre y cuando no se cuestionada el dogma interpuesto por los axiomas del espíritu.

Aunque para muchos autores el Renacimiento Europeo inicia con la colonización del nuevo mundo pero cabe recordar que las enseñanzas y formas de habitar que se impartieron a los serviles de los diferentes pueblos conquistados aun estaban supeditadas a las creencias de la Edad Media y a su acaecida espiritualidad; más sin embargo se conforma en esta época la idea laica de hacer frente a las arcaicas ideas por medio de la exaltación del hombre como centro del universo. Está nueva universalidad del hombre estaba en gestión dentro de la conciencia y percepción humana.

La belleza del arte, la complejidad de la filosofía y la contracultura política mostraron caminos únicos y singulares en la evolución del hombre como colectivo. La liberación del hombre en el Renacimiento era propuesta desde la formación de un nuevo Humanismo liberar. En estos

tiempos la conjugación entre el espíritu y sus dones más elevados a la par de la materia era posible desde la expansión del ser por medio de algunos autores que no distinguían entre arte y ciencia y formaban más un convenio de ideas abiertas a la exploración de la naturaleza y el ser.

En el Renacimiento la oscilación del péndulo existencial entre ser y materia era más cercano a un punto de equilibrio, se intentó en esta época establecer un proyecto integral de vida que se reflejara en la ciudad.

La disputa de poder entre religiosos y laicos trajo al Renacimiento una evolución social a épocas más oscuras y menos propicias para el desarrollo permanente de un fin humanista. El pueblo renacentista no pudo beneficiarse totalmente de una educación que los liberara completamente de las complicadas condiciones de vida en las que vivían, para el pueblo el arduo yugo de los ilustrados y los religiosos siguió presente, más sin embargo ya se asentaban ideologías nuevas que a la postre traerían nuevos tiempos de raciocinio y tecnología con visiones cercanas a un Humanismo liberal que abarcara a mayor población y no solo a unos cuantos instruidos.

Inicialmente de la mano de Descartes el conocimiento materialista transformó la ideología de grandes pensadores del mundo Europeo, estos intelectuales a su vez llevarían paulatinamente hacia la colectividad la idea de lo conveniente y proclive que era tener el conocimiento de la naturaleza para su eventual administración. El proyecto de modernidad y la ciudad industrial fue la desembocadura de lo racional y el aletargamiento de lo humano, en el sentido más amplio el racionalismo fue una gran revancha sobre el dominio espiritual que se había ejercido sobre la población. El camino de emancipación de la población no fue súbito y notorio, al contrario fue complicado, pero se logró en gran parte por que fue un camino cada vez más permisible entre los diferentes grupos sociales de la nueva modernidad urbana, esta facilidad no estaba presente en épocas pasadas, el comercio, la industria y las artes encausadas al progreso intentaban refundar una sociedad que estuviera alejada de la sumisión monárquica, los dogmas de fe y los arbitrios religiosos.

La industrialización llevó en poco tiempo al consumo exacerbado de productos, la libertad del hombre en la era del consumo ha sido equiparada a la capacidad que se tiene de adquirir objetos. El consumo de los espacios arquitectónicos y de lo urbanos en la sociedad presente surge desde una tendencia compulsiva por destacar enérgicamente en una ardua superficialidad de grupos sociales. Es imperioso en este modelo de consumo incrustar dentro de los diferentes estratos sociales que existen en la urbe. La ciudad se evidencia como un gran escaparate para el consumo. No se crea ciudad para la utilidad o el mejoramiento de calidad de vida, la ciudad en el consumo surge para cumplir con procesos y ciclos económicos de compra venta permanentes. El abuso manipulador de la naturaleza con el afán de un superfluo y ficticio factor de calidad de vida podría generar problemas ecológicos impensables e irremediables si no se cambia de proyecto social y urbano.

Delgado (2017: 16) menciona sobre Lefebvre (1968), que:

la ciudad no es lo urbano. La ciudad es una base práctico-sensible, una morfología, un dato presente e inmediato, algo que está ahí: una entidad espacial inicialmente discreta -es decir, un punto o mancha en el mapa-, a la que corresponde una infraestructura de mantenimiento, unas instituciones formales, una gestión funcional y técnica, unos datos demográficos, una sociedad definible. Lo urbano, en cambio, es otra cosa al mismo tiempo social y mental, que no requiere por fuerza constituirse como elemento tangible, puesto que podría existir como potencialidad, como conjunto de posibilidades.

Lo urbano es una gran posibilidad maleable para mantener y crear circunstancias más irrefutables para un humanismo en equilibrio con la razón.

Por lo tanto el humanizar a la sociedad y a la ciudad se vuelve imperante, ejercer un humanismo centrado en los lazos sociales y la fecundidad de calidad de vida por medio de coyunturas con el conocimiento y la equidad de trabajos con bases filosóficas y éticas profundas que se contrapongan eficazmente al rapaz mecanicismo neoliberal que implique el crecimiento económico de unos cuantos.

El riesgo de subordinar a la población por parte de una elite educada e informada ha sido permanente durante la historia occidental, pero sin embargo, actualmente la propia población tiene herramientas como nunca para equiparar la balanza hacia un equilibrio social durable y que permita un prolongado proceso de liberación por medio del conocimientos integrador de las humanidades y la ciencias. El equilibrio existencial entre ser y razón tendrá siempre dificultades posibles; el justo equilibrio en nuestra realidad no es natural y tampoco es alcanzable, más sin embargo existen mejores recintos para la humanidad, diferentes al actual, lugares que son más cercanos al utópico punto de equidad que se pueda lograr desde el conocimiento permanente de la natural oscilación de la existencia.

Bibliografía

- Arellano E.. (2015). ¡Arden las palabras! Kierkegaard y Heidegger: una crítica a la modernidad. *Revista: Reflexiones Marginales*, 41. <http://reflexionesmarginales.com/3.0/arden-las-palabras-kierkegaard-y-heidegger-una-critica-a-la-modernidad/>
- Delgado, M. (2017) Introducción. En L. Henri, *El derecho a la Ciudad* (pp. 5-19). Madrid: Capitán Swing.
- Ehse, H.(2009). *Diseño con fundamento retórico*. Puebla: CEAD.
- González Ochoa C. y Torres Amaya, R. (2012). *Diseño y Consumo en la Sociedad Contemporánea*. Ciudad de México. Designo.
- Grassi E. (1993). *La filosofía del humanismo. Preeminencia de la palabra*. Barcelona: Anthropos.
- Heidegger M. (2006) *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Jhonson S. (2000) *Sistemas Emergentes Adaptativos. Que tienen en común neuronas, ciudades y hormigas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Kierkegaard, S. (2008). *La enfermedad Mortal*. Madrid: Trotta.

- Lefebvre H. (1968) *El derecho a la Ciudad*. Madrid. Editorial Capitán Swing Libro, 2017.
- Marcuse, H. (2005). *El hombre Unidimensional: Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona: Ariel.
- Mark B.R. (2007). *Los Orígenes del Mundo Moderno. Una Nueva Visión*. Barcelona: Crítica.
- Narváez, A. (2010). *Ciudades inimaginables. El imaginario hegemónico tras la Globalización*. Monterrey: Editorial de la Universidad Politécnica de Cataluña/Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Ramos, S. (2003). *Hacia un Nuevo Humanismo*. Buenos Aires: Editorial del Cardo.
- Rubert de Ventós, X. (1986). *Ensayo sobre el desorden*. Barcelona: Kairos.
- Sartre J.-P. (1998). *El existencialismo es un humanismo*. Ciudad de México: Ediciones Peña hermanos.
- Velasco, A. (2009). *Humanismo*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México Económica.
- Vico, G. (2002). Sobre la revelación de la antiquísima sabiduría de los italianos, partiendo del origen de la lengua latina. En *Obras* (pp. 180-190). Barcelona: Editorial Anthropos/ Fundación Studia Humanitatis.
- Volco, A. (2016). Una revisión del realismo Maquiaveliano: el problema de las armas propias. *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*, 16, 45-66.